

El soplo de los dioses

Invocación al hombre que amó a Hölderlin

Y entonces piensas ¿quién la vida o la muerte
o la nada? ¿Quién el secreto o la llave?
Crecen los jilgueros en la ventana,
altos, cantarines, domésticos,
y por la rota sombra de haces de luz
camina el can,
señor de un hemisferio de amarillos
como su propia piel.

Desde atrás le llega un resplandor
soñado y el poeta murmura:
«Lo más perverso es siempre la imaginación».
Y nos ciega el retrato del mendigo,
el retrato de Hölderlin —«un dios cuando soñaba»—
Pero no. Es otro hombre, a su lado,
quien canta,
quien sierra los maderos, goza con el diámetro
de los gruesos nogales,
habla, ordena a su mujer,
pide a sus hijos,
silencio:
«Piensa, dice, el poeta».
Y no piensa el poeta,
depauperado, empobrecido,
sino que oye
el canto del jilguero, mira
la tristeza del can cuando camina,
sueña muy dulcemente en alemán
una patria más digna y solidaria,
rememora inconexas transiciones
de su dolor:
ya nunca es un mendigo.
Ya, para siempre, sueña.
Y es el otro, quien sierra los maderos,
quien reclama el silencio necesario

para perpetuar la hermosa Idea,
 el que hace la cotidiana poesía
 de creer en la vida del poeta
 y exonerarlo de la mendicidad.

Quien permite la llama que, apagada,
 rememora —más digno que otras veces—
 el soplo de los dioses.

Schumann o Brahms

Hemos sido invitados muchas veces
 a la fiesta de la tristeza.

Antes de que Roberto enloqueciera
 Y Juan pensase únicamente en él,
 la fiesta estaba en casa:
 escondida en las suaves azucenas
 o abriéndose en gladiolos rezumantes de agua
 que encontrábamos en los paseos por el campo.

Al regresar a casa yo miraba
 desde el balcón esos recuerdos
 de inocencia perdida: «Reverie»
 —los llamábamos— cuando reyes de Prusia,
 emperadores de Austria,
 Serbia, Hungría,
 levantaban sus copas de champán
 por los últimos muertos de sus escuadrones.

Cargada de hijos yo, Clara Wieck, había dejado
 de tocar el piano —casi desafinado y de maderas
 oscuras, como el ébano— para cuidar
 de mis dos hombres.
 Y aquellos años últimos, con las cartas de Roberto
 casi olvidadas, cuando quería que fuese
 «como los cervatillos en el bosque»,
 ya nada me decían.

Y joven era Juan y triste
 la fiesta de la casa, con Roberto
 eternamente melancólico
 —un rumor de cantatas golpeando en sus sienes—
 que ya ni componía.

Sentado en una silla, cerrado, sin hablar
 con nadie, Roberto presentía
 mis nuevos sentimientos. Y era Juan

y su «Décima», como los críticos dijeron,
 quien ponía ilusión en las palabras, vida y fe
 en los actos, risas y juegos
 por los torvos pasillos.

Un hijo tuve entonces
 ¿de quién era?
 Volvían los vencejos a las casas,
 las naranjas de España se vendían
 en los mercados, no bastaban,
 dulces me parecían los pomelos
 frente a tanta amargura.

Y esos son mis recuerdos: tristes fiestas
 a las que no dejaban de invitarme.
 Y faltar no podía.

El fascinante poder del samurai

A Akira Kurosawa

El disco enorme y rojo emerge sobre el agua.
 Atrás, los muslos del atleta
 sobre el mar encendido.
 Su terso brazo aún reluciente
 en el brillo sin fin de los espacios
 y el pie sobre la tierra y en la tierra
 las dos columnas de Hércules: sus muslos.

Devora el disco enorme las llanuras
 del valle. En ellas, estandartes:
 rojizos gallardetes extendidos al viento
 que sopla hacia los otros gallardetes
 amarillos y azules y los tersa,
 flamea y almidona alternativamente.

A un gesto, a una voz, a una mirada,
 cabalgan los guerreros trepidando la greda
 y arrancando las yerbas con sus cascos violentos,
 sus alas extendidas y sus lanzas en ristre
 buscando un veloz bulto en dirección inversa.
 Se embisten los colores y las líneas
 informes. Chocan rojos y azules
 los petos y penachos. Chocan lanzas metálicas
 contra rodela amarillas, bridones y alazanes,

flechas y cuerpos chocan y golpean
la muerte con su vida.

Se agitan los caballos y relinchan de gozo.
Golpean con sus patas las aguas de la ciénaga:
desciende por sus patas la entremezclada sangre
que renueva las flores de los blancos nenúfares
en rojos tulipanes.

Ve el padre a sus tres hijos matándose y muriendo
con amarillos, rojos, azules gallardetes
en haces divididos. Un gran karma
alcanza la locura, pues es sabia
la renuncia que implica una batalla:
todo entregado al viento y a la fiesta del fuego
y a la nada de un día la nada de los años.

Veloces los caballos bajo el sol encendido
se llevan a la muerte sobre aguas removidas
mientras la espada corta la cabeza
y abre el puñal el vientre
del perdedor.

La historia se hizo así y así prosigue
la única historia perdurable
que sólo tú nos cuentas.

Mishima se mató
con las once pulgadas de acero por sus vísceras
cuando el sol de su imperio declinaba.
Su caballo aún relincha sobre el mar
encendido entre rojos tulipanes
regresando a la mano del atleta.

Pedro J. de la Peña